

En "Escenas de *peep-show*" (pp. 39-49), se nos revela un erotismo de observador. El "yo-macho" asume una actitud antitética a la de Sade. La búsqueda del placer, como simple *voyeur* no es "proporcional a la destrucción de la vida". (Georges Bataille, *El erotismo*. Trad. esp. de Antoni Vicens. Barcelona, Tusquets, 1985, p. 249). El hablante racionaliza sus observaciones relativas a las "hembras":. Son: "como un puente roto" (p. 41), "Una belleza que no es para ti" (p. 43), "sin esperanza alguna de alcanzar la otra ribera" (p. 470).

En síntesis: las diversas máscaras del yo iluminan los espacios del *peep-show*. El reside en la gran ciudad, en ámbitos cerrados. Vivir en el extranjero como exiliado es la muestra más ajustada del *peep-show*. Es una situación sin salida para un chileno.

Universidad de São Paulo  
São Paulo, Brasil

LIDIA NEGhme ECHEVERRIA

CARLOS ALBERTO MENDOZA: *El mestizaje e Indoamérica: El mensaje de Otto Morales Benítez*. Vol. IV. Nro. 34. (Separata). Bogotá: Hojas Universitarias, 1989.

Con esta separata que reproduce una ponencia leída en la Universidad Central de Bogotá, el 19 de abril de 1989, Carlos Alberto Mendoza —abogado y ensayista panameño— retoma un controvertido tema: el problema del mestizaje. Para tal propósito, Mendoza se vale de la obra de otro escritor. Identificándose y asumiendo la integridad de los planteamientos de ese otro, la difunde y hace suya sin reservas. Y, como si todo esto fuera poco, la convierte en una especie de biblia moderna para el devenir de los pueblos americanos. Esa obra, motivo y guía a la vez, es específicamente *Memorias del mestizaje* (1984) y su autor, Otto Morales Benítez: "uno de los precursores del revisionismo histórico en Colombia".

Desde la temprana tragedia existencial del Inca Garcilaso de la Vega (1539) hasta nuestros días, el proceso de mestizaje en América ha sido sentido e interpretado, según grupos sociales o momentos históricos, bajo diferentes formas. En la Colonia ser mestizo, para los pocos que tenían conciencia de serlo, equivalía a no tener identidad propia ni lugar fijo. El mestizo, en general, por haber sido muchas veces cruel, casi siempre quedó aislado de los indios y, por llevar en su sangre la herencia de una cultura vencida, nunca fue aceptado por los blancos. Por eso, se instaló estratégicamente como un mediador ambiguo entre el español y el indígena, engañando con habilidad y sacando provecho de ambos. Tampoco en la Emancipación pudo constituirse como un sector definido para poder imponer su presencia. Reducido y negado igual que los indios y

negros, quedó fuera del proyecto aristocrático de “descendientes de los colonos españoles, colocados en una situación de inferioridad frente a los peninsulares”, tanto en el Perú como en México. Tardíamente, cuando la débil y falsa estructura del poder criollo se quiebra a fuerza de caudillismos y revoluciones, el mestizaje se convierte en símbolo de la identidad latinoamericana. Los nuevos intelectuales —la inteligencia— de la generación del novecientos se encargaron de mitificarlo. Se llegó a plantear, con la tesis de Vasconcelos, la supremacía universal de una quinta raza, la cósmica y final, como una raza “hecha con el tesoro de todas las anteriores”. Desde entonces el mestizo adquiere una dimensión heroica, y el mestizaje deviene en un crisol en que se funden armónica y prodigiosamente dos grandes culturas en el Nuevo Mundo: la indígena y la española. Hoy, con el mestizaje entendido así, se pretende ocultar serias contradicciones, negar la existencia de otros sectores sociales marginales y dejar de lado la notoria escala de dominación interna para presentar una unidad étnica y cultural única en América. Dentro de esta corriente se inscriben tanto el libro de Morales Benítez como el texto de la conferencia de Carlos Alberto Mendoza.

*Memorias del mestizaje* postula una teoría general del mestizaje en todos los campos de la cultura americana sin excepción y, para fundamentarla, describe diversos aspectos de nuestra realidad: organización social, lengua, literatura, pintura, religión y folklore. Aunque esta sola frase da cuenta del carácter principal del libro, al menos tres de sus afirmaciones merecen un comentario. La definición del mestizo —“gentes nacidas aquí después del descubrimiento”—, grupo social y racial que con su irrupción habría consumado la independencia y que con su presencia estaría formando nuestra identidad, “La identidad de América Latina la hallamos en torno al mestizo”, es una definición sumamente imprecisa, vaga, y como tal invalida toda categoría, función o valor, que le asignemos al mestizo en la historia. Por ejemplo, desde ninguna perspectiva es posible confundir criollo con mestizo. Son dos categorías sociales y culturales distintas. Hacerlo es tratar de negar el régimen de castas en la sociedad colonial y esconder la hegemonía política del criollo que, excluyendo a negros, indios y mestizos, heredó el poder de los españoles e impidió todo cambio estructural en el proceso de independencia de la Metrópoli. Igualmente la propuesta de “Indoamérica” como nombre apropiado para llamar al Nuevo Mundo, formulada por Haya de la Torre con el retórico lema de “unificación y libertad”, sigue siendo reducida en esencia al manipulador y falso propósito de no abandonar “caprichosamente o por resabio de puristas o racistas el recuerdo del indio” (subrayo la palabra para recordar que en los países andinos el indio es todavía más que un simple recuerdo). En cambio, la perspectiva de la liberación por el arte en Latinoamérica, introducida a partir de lo que Mabel Moraña denomina el “período fundacional del Barroco” (entendido como “los orígenes de la identidad mestiza y la condición colonial de

Hispanoamérica”), es una tesis que, a pesar de sus inexactitudes y arbitrariedades en el libro, debe ser considerada para el estudio de nuestra historia literaria.

La separata de Mendoza presenta una introducción y una aproximación muy panorámica en torno a seis aspectos del mestizaje en América, tomados, con excepción del primero en forma parcial, de la obra de Morales Benítez. En la parte introductoria —la única original y propia— el autor denuncia la actual crisis panameña y, buscando superarla, apela al vínculo histórico existente desde sus orígenes entre esta nación y la colombiana (Nueva Granada). Luego, ya en el desarrollo del primer punto de su tema, presenta, en base a datos biográficos y anécdotas, la imagen estereotipada de Morales Benítez. En el segundo punto define y caracteriza el mestizaje con las mismas palabras y ejemplos del autor de *Memorias del mestizaje*; sólo se arriesga a agregar al caso de la Virgen de Guadalupe, manejado por Morales Benítez para explicar el sincretismo religioso, otro, el de la Virgen de “Copacabana, en el Perú”; desafortunadamente, si acierta en el ejemplo, se equivoca de país. En el tercero se ocupa de los derechos del mestizo; en el cuarto, de *Memorias del mestizaje* en sí; en el quinto, del término “Indoamérica”; y, finalmente, en el sexto, del valor cultural del mestizo y del último libro de Morales Benítez: *Propuestas para examinar la historia con criterios indoamericanos* (1988).

En conclusión, Carlos Alberto Mendoza, con su *El mestizaje e Indoamérica: el mensaje de Otto Morales Benítez*, se suma a algunos autores que, como Fernando Ayala Poveda (*Conozca a Otto Morales Benítez: la palabra indoamericana*), se limitan a difundir y promover las ideas de Morales Benítez. Por último, esta promoción habría sido más decorosa y útil sin el olvido de la actitud crítica tan indispensable en el ejercicio intelectual.

University of Pittsburgh

JULIO NORIEGA

ALVARO MUTIS: *La última escala del Tramp Steamer*. Bogotá: Arango Editores, 1989.

Sin duda, a pesar de sus incontables diferencias, las obras de Alvaro Mutis y de Gabriel García Márquez constituyen los aportes más significativos de la literatura colombiana al mundo literario contemporáneo. Los múltiples cruces y complicidades de sus vidas y de sus obras estallan ya sin secretos en las dedicatorias de sus últimos libros: “Para Alvaro Mutis, que me regaló la idea de escribir este libro”, revela Gabriel García Márquez en *El General en su laberinto* (1989). Y Alvaro Mutis (autor de “El último rostro”, un breve relato